

El ajedrez

Los dos señores que se sientan frente a frente con sus piezas en línea de combate llevan la misma idea: la de ganar.

Para ésto, antes de mover un alfil o un peón se encomiendan a todos los santos, miran ochenta veces su ejército, cuentan los cuadros, apoyan la cargada cabeza sobre una mano, luego sobre otra, tragan saliva, vuelven a pensar, cantan, tamborilean con los dedos o con un peón, miran si alguien observa su formalidad, apuntan una aprehensión, se arrepienten, vuelven a pensar, tararean, chupan, escupen, se rascan, silban, vuelven a pensar, encajan su pulida frente en la mano izquierda, quedan unos minutos absortos, lejanos, ofrecen una nueva canción, no se ríen, se acechan, se temen, vuelven a pensar en cosas lejanas, se distraen, meten la manga derecha en el café que se enfría aburrido... y... un poco después juegan.

Muy bien. El señor tal ha movido el peón cual. Ya está.

El ajedrez es una sesión de hipnotismo práctico, meticulado, frío, de miradas fijas, largas... Las piezas tomadas quedan catalépticas sobre el mármol.

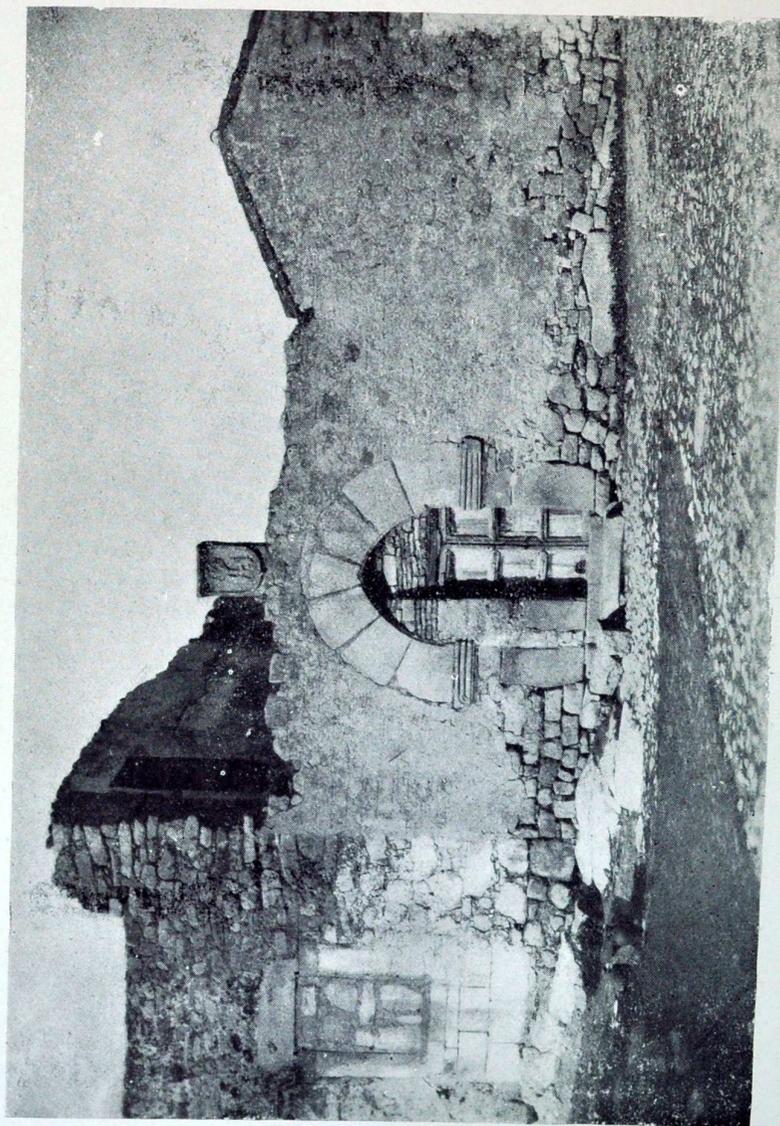
En el ajedrez es imprescindible ganar. Pero no se ventila nada. Nada material se entiende. Es cosa de amor propio. De donde no hay cosa como la pícara vanidad para hacer trabajar de lo lindo a cualquiera. Si un ajedrecista operase sin lucimiento y a sueldo estaría muy justificado que pidiese un fortún por hacerse cisco el cerebro. Sin embargo, es raro hallar una persona que no pierda dos horas, absolutamente gratis y con el mayor placer en esta ingrata labor de chino.

La cosa es ganar. Comerle los dos caballos al contrario, quitarle los dos alfiles, masticarle las torres, quedarlo sin monos, atizarle veinte jaques dobles y darle mate enseguida.

Desdichadamente, ambos contrincantes piensan igual. Tienen la misma alta estimación de sí mismos. ¿Les han visto ustedes sudar? Cuando colocan las piezas hay en los dos cerebros luz de alboradas. En el medio del partido sol de mediodía, heroico y recio. En los finales .. es el franco ratoneo inconfesable y villano. El final de un tablero es una vergüenza de la humanidad. Con lo elevado que resultaría el jugador que ante tanta mezquindad espiritual dijese:

—¡Mire! Como veo claramente que se ha empeñado en ganar a toda costa aun recurriendo a la insidia, a la gatada, a la alevosía, a la traición y aun al crimen, he aquí mi Rey, tome también la Reina para su mesa de noche; y este par de caballos que también le regalo; además tome el tablero, el cajón y si quiere y le da la gana se puede llevar la mesa y hasta los servicios. Todo menos que usted se moleste y me crea un animal inconsecuente y sin educación alguna. ¡Que lo pase bien! ¡Muy señor mío!

RAMIRO GUTIÉRREZ SUTINO



ALBUM EXTREMEÑO: Trujillo. Casa de Pizarro